

## GLOSARIO

**C**ON la muerte de don Eliodoro Yáñez, se cierra una etapa de la política liberal de Chile. Fué Yáñez un animador del liberalismo, porque era elocuente y era culto. La cultura fué en él un don y lo mismo dominaba las materias económicas y sociales como los problemas de la cultura. Pocos políticos chilenos tuvieron como él la comprensión justa de las inquietudes sociales y la visión de lo que era preciso avanzar para corregir las turbulencias futuras. Cautelaba su pensamiento con firme precisión. Tenía un poderoso sentido de la claridad, de la lucidez. Su elocuencia era sobria, por lo mismo que manejaba ideas. Muchos de sus discursos son magníficas piezas literarias. Había en él además del político que llenó casi medio siglo de su vida, un curioso insaciable de las ideas modernas. Esta curiosidad intelectual, le permitió llevar a los debates o a sus escritos, un tono de elevación que los hacía particularmente vivos e interesantes. Generalmente el político criollo se nutre en el montón de las frases hechas y sus discursos nada revelan o nada dicen. En Yáñez había fuerza, claridad, dominio de la materia elegida, dialéctica robusta, precisión, elegancia de estilo.

En este ambiente chileno de la eterna nivelación, Yáñez era uno de los que sobresalían. Era una de las cabezas que estaban fuera de la cerca con la que siempre se ha cerrado el horizonte de la vida política y social chilena. Esto mismo le granjeó enconadas enemistades. Porque la sabiduría se cotiza poco y el que la posee se hace reo de un delito cuyo perdón sólo se alcanza en el instante mismo en que se emprende el viaje sin retorno...

Corre en un libro que él hizo editar en París, uno de sus discursos más admirables y oportunos. Lo tituló **La Autoridad y la Libertad en la Constitución Política del Estado** y es el discurso de incorporación a la Academia Chilena corres-

pondiente de la Real Academia española, que el hizo leer en una de las sesiones del mes de Junio de 1927, al ocupar el sillón que había dejado Mac-Iver. Este discurso no habría podido pronunciarse en una sesión pública. Estaba Chile aplastado por la tiranía y sus conceptos habrían motivado tal vez las represalias a que son tan dóciles los gobiernos de esta clase. La recepción del nuevo académico, representado por don Domingo Amunátegui Solar, se hizo en sesión privada, en casa del Presidente de la Academia, don Crescente Errázuriz.

El discurso contiene no sólo un estudio completo de la personalidad de Mac-Iver, sino, además, un panorama interesantísimo de medio siglo de la política chilena y un análisis minucioso de las prácticas y vicios de nuestra política. Una robusta entonación doctrinaria sostiene la armazón del cuadro general de las luchas que animaron la realidad chilena hasta el momento en que el parlamento cae aniquilado por un golpe de fuerza. Yáñez examina la descomposición política a través del pesimismo de Mac-Iver y a través de su propio desencanto de hombre que ha visto en la intimidad, la lamentable desnudez moral de los actores menudos, cuyas ambiciones y personalismos estuvieron siempre al servicio de las pasiones.

Las grandes directivas políticas de Mac-Iver eran la autoridad y la libertad, principios tan difíciles de conciliar en la práctica. Pero veamos ahora el vigor con que Yáñez expresa sus conceptos sobre la autoridad.

Nada más ajeno—dice—, refiriéndose a la posición doctrinaria de Mac-Iver— a sus ideas que entender por gobierno de autoridad actitudes exteriores, palabras vigorosas o violencias. La autoridad así comprendida es el histrionismo o la arbitrariedad y el abuso. El Estado debe ser la más poderosa fuerza nacional y social a fin de mantener todas las demás fuerzas en los límites de la paz civil y de las grandes disciplinas nacionales y sociales. Pero, así concebida, la autoridad que en sí representa no puede llegar al despotismo, a la opresión, a la absorción o restricción siquiera de las libertades públicas. El principio de autoridad es la acción reflexiva unida a la fuerza moral y directiva, que prevé, actúa y realiza dentro de las normas legales y constitucionales. Es la perseverancia y la firmeza en los propósitos, que no busca el efecto, pero que realiza un fin; es tener una política claramente definida, que procede metódicamente, con continuidad en las ideas, no para demostrar fuerza y colocarse por encima de los hombres y de sus libertades o derechos, sino para resolver los problemas de la vida de los pueblos por un encadenamiento lógico de sus grandes intereses morales y materiales.

Con ser su posición doctrinaria estrictamente constitucionalista, como que era un temperamento educado en la acción parlamentaria libre y un carácter moderado en el sentido en que lo concibe el viejo liberalismo individualista, Yáñez, ya

en 1926, había penetrado con agudeza en el inquietante problema de las realidades sociales, que la guerra, desencadenó en todo el mundo.

Vivimos—escribía— en uno de esos períodos intensos e incoherentes en que un mundo nuevo germina penosamente en medio de influencias contradictorias y en que fenómenos exteriores, vagos y mal definidos, perturbaban las cabezas. Estas influencias a veces extrañas y contrarias al sentimiento de la nacionalidad actúan y prevalecen por su mayor fuerza de expansión sobre los principios esenciales que guían la vida de las colectividades y sirven de fundamento a la idea de patria y a la organización de la sociedad moderna.

Constituyen una fuerza que avanza en forma destructora y amenaza producir los más graves trastornos, si no se le encauza para satisfacer todo lo que en ella haya de justo y de conforme al progreso y al bienestar de la humanidad. Toda aspiración de mejoramiento individual o colectivo intensamente sentida en las masas populares, concluye por triunfar, y sus mejores aliados son los que las condenan y resisten, ciegos a toda evolución, en nombre de situaciones, privilegios o ideas que ya han sufrido las modificaciones inevitables del tiempo y de la vida.

En una de las últimas charlas que sostuvimos con él, poco antes de su enfermedad, nos habló de estos mismo tópicos. Por esos días se buscaba una fórmula de arreglo para que tomara de nuevo el diario que formó y dirigió con tan amplio y elevado concepto del periodismo. Las gestiones fracasaron y él no pudo desarrollar el programa vasto de encauzamiento y de orientación social y política que a no dudarlo, habría modificado los rumbos de la política chilena. Europa le había mostrado a lo vivo las luchas sociales y el espíritu nuevo que las informa. Comprendía que el gobierno de Montero caminaba rápidamente a la liquidación y ninguna voz se levantaba para advertírsele, en concordancia con la opinión desorientada, que anhelaba con angustia íntima, voces inspiradoras... Pero oigamos lo que decía en 1926, con la lucidez en él proverbial:

La evolución política y social de los años que han seguido a la guerra mundial es favorable a los hombres y a los partidos extremos. Ellos tienen una fuerza de movimiento que se acentúa y engruesa ante la fuerza de inercia que le oponen los hombres y partidos que viven mirando el pasado o sin apreciar en su verdadero alcance la situación de hoy. El régimen de fuerza y de violencia que espíritus simplistas proclaman, como medio de detener o aplastar la ola de demolición del capital y la riqueza, que avanza sordamente por el mundo, es tal vez el recurso inevitable de mantener el orden social y garantizar la estabilidad y desenvolvimiento de los grandes intereses creados a su amparo, pero puede fácilmente convertirse en la pendiente resbaladiza hacia el absolutismo o la anarquía y la disolución, porque tras el despotismo viene la revolución política primero y la revolución social en seguida.

Anticipó, pues, en sus reflexiones de estudioso, los acontecimientos que la tiranía de Ibáñez hizo posibles en el país.

Por eso su pérdida es un duelo para Chile. Tenía gran elevación en la doctrina, poseía una vasta cultura y un gran dominio de las ideas generales. No siempre se dan juntos estos dones. El los tuvo y los puso al servicio de su país, en el parlamento, en el periodismo, en sus estudios de la política.



**H**A YA de la Torre ha sido condenado a muerte, por el gobierno del Perú. Pero los hombres generosos del mundo entero—la generosidad es palabra de soñadores y de idealistas—han pedido la suspensión de la monstruosa medida. ¿Responderá ese gobierno a la protesta unánime de los intelectuales que piden la suspensión de la pena afrentosa para la mínima dignidad de este continente? No lo sabemos. A esta hora puede haberse cumplido ya la orden de fusilamiento y un mártir más de las causas superiores ha ingresado en el nutrido santoral de las víctimas con que cuenta América.

Carlos Mariátegui fué también arrojado a las mazmorras y encadenado por el dictador de ese tiempo, cuyo nombre ni siquiera vale la pena recordar. A Mariátegui le recuerda toda América; le recordará siempre, con el mismo fervor con que le saludaba en vida; en su cuerpo débil latía la llama de un gran pensamiento. Palpitaban ideas altas, nobles y esto no lo podía tolerar el tirano. Ningún tirano puede tolerar a los hombres de pensamiento. El tirano repudia las ideas porque no las comprende y porque no puede barajarlas como metálico para que sirvan a sus ambiciones sabalernas. Por eso las encarcela. Mariátegui está en la mente de todos. El que lo encarceló se pudre lentamente, oscuramente, en algún cementerio de Lima y su memoria apenas si vibra entre los que gozaron de su efímera privanza. Y así ocurre con todos... Haya de la Torre está ya incrustado para siempre en el corazón de América, y su muerte, en caso de que la petición de todos los espíritus nobles del mundo no lograra eco, no es más que el agigantamiento de su figura. Los otros... a los cementerios anónimos.



**E**L grupo de escritores ecuatorianos que edita la revista *América* ha querido hacer un homenaje a Juan Montalvo, y el número de Abril último le viene dedicado en su totalidad.

Se juzga al escritor en sus múltiples aspectos de ensayista, político y poeta. Conocidas plumas del Ecuador hacen el elogio merecido del gran clásico suramericano, y le sitúan entre los valores más puros del Continente.

Estos homenajes hechos en América a los grandes espíritus que la enaltecen—Rodó, Sarmiento, Vicuña Mackenna, Martí—debieran tener la resonancia de glorias comunes, y no la limitación con que hasta ahora se hicieron. ¿La gloria de Montalvo no llena todas las patrias de América?—*M.*

